

—*La imprenta en Oaxaca (1720-1820)*. Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1904.

—*La imprenta en Veracruz (1794-1821)*. Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1904.

—*La imprenta en Mérida de Yucatán (1817-1821)*, Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1904.

José Zorrilla, *La flor de los recuerdos*. Edición de México. Imprenta del Correo de España, 1855.

Antonio Batres Jáuregui, *Literatura americana, colección de artículos*. Guatemala, tip. de «El Progreso», 1879.

A. Fernández Merino, *Poetas americanos. México*. Barcelona, Tip. La Academia, de Ullastres, 1886.

Carlos G. Amézaga, *Poetas mexicanos*. Buenos Aires; imp. de Pablo E. Coni é hijos, 1896.

## FR. MANUEL DE NAVARRETE

Hijo de hidalgos pobres, Don Juan María Martínez de Navarrete y Doña María Teresa Ochoa y Abadiano, nació José Manuel Martínez de Navarrete en Zamora de Michoacán el 16 de Junio de 1768. Por la estrechez de fortuna de su familia, agravada por la muerte prematura de su padre, no obtuvo en la infancia sino incompleta educación: estudió, sin embargo, el latín, en su ciudad nativa, con Don Manuel Cuevas. Adolescente le trajo á México un pariente suyo, el Lic. Don José Manuel Abadiano, y le colocó de empleado en una tienda de los llamados *Portales de la Diputación*. A los diecinueve años decidió consagrarse á la Iglesia, y marchó á Querétaro, para ingresar al Convento Franciscano de San Pedro y San Pablo. Hizo allí el noviciado: pasó al Convento de recolección del Pueblito, donde perfeccionó sus estudios de latín, y de ahí al Convento de Celaya á cursar tres años de filosofía. En Celaya escribió sus primeros versos, y, según parece, hizo muchas lecturas literarias y filosóficas. Se cita el hecho de que se dedicara, en unión de su amigo Fr. Victoriano Borja, á la lectura de Laurentio Altiéri, que sin duda pasaba en México por innovador en filosofía.

Regresó á Querétaro á cursar teología; terminados sus estudios, obtuvo la cátedra de latinidad en el Convento grande. Pasó más tarde al Convento de Valladolid de Michoacán (hoy Morelia); luego, siendo ya sacerdote, estuvo como predicador en Rioverde y Silao (hacia 1805); fué nombrado, por fin, cura párroco de San Antonio de Tula (1807), donde le conoció (Mayo de 1807) y le cobró alta estima el Dr. Don Primo Feliciano Marín, Obispo de Nuevo León. Quizás este prelado influyó en su posterior promoción á guardián del Convento de Tlalpujahuá (1808).



Comenzó á publicar sus versos en el *Diario de México*, en 1806, sin firma ó con las iniciales N. ó F. M. N. Adquirió pronto renombre en todo el país; la *Arcadia* de México, reconociendo en él al primer poeta de Nueva España, le nombró su *Mayoral*, y aun algunos de sus literatos residentes en la capital pensaron emprender viaje por conocerle. No usó nombre de árcaide, aunque en sus versos se llamaba *Silvio*, y Mariano Barazábal le llamó *Nemoroso* (*Diario de México*, 20 de Marzo de 1808 y 28 de Septiembre de 1909). Por error se le atribuye el nombre arcádico de *Anfriso*, que era precisamente el de Barazábal. Obtuvo, en 1809, un premio en el certamen abierto por la Universidad de México, en honor de Fernando VII.

Joven aún, murió en Tlalpujahua el 19 de Julio de 1809. Fue, según se cuenta, hombre sencillo y amable, modesto y tímido, aunque de buen porte y tipo europeo. Dícese que, poco antes de morir, destruyó algunas comedias y poesías inéditas.

#### BIBLIOGRAFÍA:

*La Divina Providencia*, poema eucarístico. Edición del *Diario de México*, 1808. (Biblioteca Nacional de México, página 263 del catálogo de la Octava división).

*Panegírico de la Purísima Concepción de María*, en octavas reales. Impreso, según Beristáin. (Probablemente es también edición del *Diario de México*, en 1806).

*Entretenimientos poéticos*, México, 1823. Imprenta de Valdés. 2 vols. en 8º

*Entretenimientos poéticos*, París, 1835. Librería de Lecointe. 2 vols. en 8º.

Poesías, edición de Lima (según Pimentel).

*Poesías*, México, 1904. Tipografía de Victoriano Agüeros. (Colección de Escritores Mexicanos, tomo 50).

CONSULTAR: *Diario de México*, 20 Noviembre 1805 (carta de Barquera); 4 y 31 Enero, 13 Abril, 30 Septiembre, 6 Noviembre y 25 Diciembre de 1806; 10 y 20 Marzo, y 1º Mayo de 1808; aviso del fallecimiento, por Fr. Juan Méndez, 8 de Agosto de 1809; necrología, por Carlos M. de Bustamante, 9 de Agosto de 1809; artículos necrológicos y versos elegiacos, 14 Agosto, 28 Septiembre, 8 Octubre, 5 y 17 Noviembre de 1809; 5 Enero 1810; *El Noticioso general*, 21 Septiembre 1818; J. M. Beristáin de Souza, *Biblioteca hispano-americana septentrional*, artículo *Navarrete*; *Diccionario de Historia y Geografía*, México, 1853-

1856, artículo *Navarrete*; Francisco Pimentel, *Historia crítica de la poesía en México*, capítulo XI, *Navarrete*; artículo *Navarrete*, por José Olmedo y Lama, en *Hombres Ilustres Mexicanos*, Eduardo L. Gallo, editor; Francisco Sosa, artículo *Navarrete* (reproducido en el *Diccionario Geográfico, Histórico y Biográfico* por Antonio García Cubas), en *Mexicanos distinguidos*; Juan María Gutiérrez, prólogo á la *América poética* y biografía de Navarrete al frente de las poesías de éste.

El mejor juicio es el de Menéndez y Pelayo, prólogo á la *Antología de poetas hispano-americanos*, tomo I, páginas LXXXVIII á XCII:

«Imitó á Meléndez en lo que Meléndez tiene menos digno de imitación, y aun en esto quedó á larga distancia de la morbidez algo lasciva de su modelo. Lo que más demuestra la pureza de alma del P. Navarrete y la natural tendencia de su espíritu, es que sus anacreónticas sólo resultan agradables cuando, en vez de cantar el deleite, celebra los prestigios de la música ó los encantos de la inocencia.

«Pero aun en sus versos amorosos hay una nota muy señalada, que es claro indicio de organización esencialmente poética: el sentido del número y de la armonía, no sólo de cada verso, sino del período entero. . . . Añádase una lengua naturalmente sana y bastante copiosa, sin alarde ni esfuerzo alguno, lo cual demuestra que el autor, semejante en esto como en otras muchas cosas á Fr. Diego González, ó no sabía francés, ó había formado su gusto y su estilo exclusivamente con la lectura de los poetas latinos y de los antiguos castellanos. . . . Donde el P. Navarrete raya á mayor altura es en sus poesías morales y sagradas, aunque ciertamente no carecen de defectos, siéndolo, y no pequeño, su misma extensión, unida á cierta languidez soñolienta que en el total de la composición se nota. La inspiración del P. Navarrete tiene siempre algo de intermitente y desigual; discurre con mucha elevación, siente con cierto fervor melancólico, que es como tibia aurora del sentimiento romántico (véanse especialmente sus *Ratos tristes*); pero las alas no le sostienen bastante: le falta ímpetu lírico, y es mejor para citado por trozos sueltos que para leído en su integridad. . . .

«. . . Es justo decir de él lo que dijo en México el más popular de los poetas españoles de nuestro siglo (Zorrilla): *Los defectos de sus obras son los de su tiempo, y sus bellezas y excelencias le son propias y personales*. El exaltado americanismo de Don Juan María Gutiérrez perjudicó mucho al buen nombre del P. Navarrete con la desaforada hipérbole de decir que «rivaliza con el autor de la *Noche serena* en elevación y candor». No profanemos los nombres de los grandes poetas en obsequio de las medianías estimables. El puesto de Navarrete es todavía muy honroso, aunque



se le ponga donde debe estar, es decir, en su escuela y en su tiempo, al lado de Fr. Diego González y de Meléndez, pero con una nota personal suya, que tampoco es la de Meléndez en la poesía elevada; por más que Meléndez, contra la común opinión, trasmítida sin examen desde su tiempo, valga infinitamente más como cantor de la gloria de las artes, ó del fanatismo, ó de la presencia de Dios, ó de la prosperidad aparente de los malos, que como *el dulce Batilo*, autor de tantos idilios, cantilenas y anacreónticas. para nuestro gusto tan amaneradas y tan marchitas.»

#### ICONOGRAFÍA:

El retrato de Navarrete que apareció (grabado en madera) en la edición de sus poesías, de fecha 1823, fué reproducido en la edición de Paris y en la reciente de la *Biblioteca* de Agüeros, así como en la 'galería de *Hombres ilustres mexicanos* (1874). Ha servido también de modelo para el busto colocado en la verja que rodea la Biblioteca Nacional de México.

P. H. U.

#### LA MAÑANA

Ya se asoma la cándida mañana  
Con su rostro apacible: el horizonte  
Se baña de una luz resplandeciente,  
Que hace brillar la cara de los cielos.

Huyen como azoradas las tinieblas  
A la parte contraria. Nuestro globo,  
Que estaba al parecer como suspenso  
Por la pesada mano de la noche,  
Sobre sus firmes ejes me parece  
Que le siento rodar. En un instante  
Se derrama el placer por todo el mundo.

¡Agradable espectáculo! ¿Qué pecho  
No se siente agitado, si contempla  
La milagrosa luz del almo día?  
Ya comienza á volar el aire fresco,  
Y á sus vitales soplos se restauran  
Todos los seres que hermosean la tierra.  
El ámbar de las flores ya se exhala  
Y suaviza la atmósfera: las plantas  
Reviven todas en el verde valle  
Con el jugo sutil que les discurre  
Por sus secretas delicadas venas.  
Alegre la feraz naturaleza  
Se levanta risueña y agradable:  
Parece, cuando empieza su ejercicio,  
Que una mano invisible la despierta.



Retumban los collados con las voces  
 De las cantoras inocentes aves:  
 Susurran las frondosas arboledas,  
 Y el arroyuelo brinca, y mueve un ronco  
 Pero alegre murmullo entre las piedras.  
 ¡Qué horas tan saludables en el campo  
 Son éstas de la luz madrugadora,  
 Que los lánguidos miembros vigorizan,  
 Y que malogran en mullidos lechos  
 Los pálidos y entecos ciudadanos!  
 Todo excita en el alma un placer vivo,  
 Que con secreto impulso la levanta  
 A grandes y sublimes pensamientos.  
 Todo lleva el carácter estampado  
 De su hacedor eterno. Alla á su modo  
 Parecen alabar todos los entes  
 La mano liberal que los produce.  
 Todo se pone en pronto movimiento:  
 Cada cual de los simples habitantes  
 Comienza su ejercicio con el día.  
 Tras su manada de corderas blancas  
 Leda la pastorcilla se entretiene,  
 Tejiendo una guirnalda, que matiza  
 De varias flores para su alba frente.  
 El vaquero gobierna su ganado,  
 Que se dilata en el hermoso ejido.  
 El labrador robusto se dispone  
 Para el cultivo del terreno fértil.  
 Voime al sembrado que la providencia  
 Con su invisible diestra me señala:  
 Sufriré el sol ardiente; pero alegre  
 Con los frutos sazones y abundantes  
 Que los surcos me dan que beneficio,  
 Apagado el bochorno de la tarde,  
 Me volveré á mi choza apetecible,  
 Morada de la paz y de los gustos,  
 Donde mi esposa dulce ya me espera

Con sus brazos abiertos: mis hijitos,  
 Después de recibirme con mil fiestas,  
 Penderán de mi cuello: ciertamente  
 Que vendré á ser entonces como el árbol  
 De que cuelgan racimos los más dulces.  
 ¿Y he de trocar entonces mi cabaña,  
 Aunque estrecha y humilde, por el grande  
 Y soberbio palacio, donde brilla  
 Como el sol en su esfera un señor rico,  
 Pisando alfombras con relieves de oro?  
 Nada menos. Tampoco este instrumento,  
 Este instrumento rústico y grosero,  
 Bienhechor, que me dá lo necesario  
 En todas las urgencias de mi vida,  
 Por el cetro brillante que un monarca  
 Empuña con su diestra poderosa.  
 No cabe el gozo dentro de mi pecho;  
 Ni de alabar me canso en la mañana  
 Al padre universal de las criaturas,  
 Que miro en esa luz madrugadora,  
 Sin dejarlo de ver en las restantes  
 Producciones tan grandes de su seno.  
 ¡Oh cuántas! ¡cuáles son! ¡y qué admirables!  
 Pero ninguna como el alba hermosa,  
 Que parece que á todas les dá vida,  
 Enviándoles la luz de su semblante.  
 ¡Oh risa de los cielos y alegría  
 De estos campos felices! Precursora  
 De los rayos del sol, yo te saludo.  
 Las frescas sombras, las campiñas verdes,  
 Las fuentes claras, los favonios blandos,  
 Las aves dulces y las flores tiernas  
 Te saludan también allá á su modo.  
 Su faz hermosa la naturaleza  
 Sacar parece del sepulcro ahora.  
 Todos sus entes cobran nueva vida  
 A tu presencia dulce y agradable.



Corren las fieras á sus cuevas hondas,  
 Brincan las cabras, los corderos balan,  
 Lllaman las vacas á sus becerrillos,  
 Mujen los toros, y responde el eco  
 Que sale de los montes retumbando.  
 Los partorcillos, y las zagalejas,  
 Sonoros himnos cantan al eterno  
 Autor que baña tu semblante hermoso  
 De tan alegre luz por la mañana.

---

SONETO XI.

A CLORI EN EL CAMPO.

---

A doquiera que vuelva el rostro hermoso,  
 El rostro celestial, la Clori mía,  
 Esparce con sus ojos la alegría:  
 Tal es de alegre su mirar gracioso.

Un caos parecíame tenebroso  
 El campo, cuando á verme aún no salía;  
 Mas después que asomó su claro día,  
 Me parece un oriente luminoso.

¡Ay! mírame, zagala; y tus ojuelos,  
 Con cuyas blandas luces resplandeces,  
 No los cubra la ausencia con sus velos:

¡Ay! mírame otra vez, y otras mil veces,  
 Que el sol no es tan alegre por los cielos,  
 Como tú por los campos me pareces.

CUATRO JUGUETILLOS A CLORILA.

JUGUETILLO I.

---

Arroyuelo  
 Que caminas  
 A la aldea  
 De Clorila:

Corre, corre,  
 Dila, dila,  
 Que la adora  
 La alma mía.

Esté ahora  
 En su orilla,  
 Tras sus blancas  
 Corderitas,

O cortando  
 Clavellinas  
 Con las otras  
 Pastorcillas,

O asomando  
 Sus mejillas  
 En tus aguas  
 Cristalinas:

Corre, corre,  
 Dila, dila,  
 Que la adora  
 La alma mía.

JUGUETILLO II.

---

¡Ay Clorila!  
 Tus ojuelos  
 Son imanes  
 De mi afecto:

Son estrellas  
 De tu cielo,  
 Que me envían  
 Dulce fuego:

Son antorchas  
 De amor tierno,  
 Que se ceban  
 En mi pecho:

Son divinos  
 Tus ojuelos:  
 Son imanes  
 De mi afecto.



|                  |                |
|------------------|----------------|
| Si están tristes | Si acarician,  |
| Son muy tiernos; | Halagüeños.    |
| Y si alegres     | Son graciosos: |
| Muy risueños:    | Son parleros;  |
| Si se enojan     | Son imanes     |
| Son severos:     | De mi afecto.  |

## JUGUETILLO III.

|                 |                 |
|-----------------|-----------------|
| Mira, Clori,    | Con instancias  |
| Dos amantes     | Amigables.      |
| Inocentes       | ¡Ay! Huyamos    |
| Tiernas aves:   | De este valle,  |
| En la copa      | No su incendio  |
| De aquel sauce  | Nos alcance,    |
| Mil cariños     | Y en nosotros   |
| Ya se hacen.    | Sea culpable    |
| Con piquillos   | La inocencia    |
| Muy suaves      | De las aves.    |
| Ya se inclinan  | .....           |
| A besarse.      | De esto, Clori, |
| Mas ¡ay, Clori! | No se hable,    |
| Que esta imagen | Que eres niña,  |
| A los ojos      | Y esto baste.   |
| Agradable,      | Adiós, Clori,   |
| El veneno       | Que la tarde    |
| Nos persuade    | Ya me obliga    |
|                 | A dejarte.      |

## JUGUETILLO IV.

## EL ZENTZONTLI.

|                  |                  |
|------------------|------------------|
| Pajarillo        | El arroyo        |
| Que suave,       | Al mirarte       |
| Con mil voces    | Entre peñas      |
| Variantes,       | Brinque y salte. |
| Sabio riges      | La floresta      |
| El volante       | Se engalane,     |
| Coro alegre      | Y su aroma       |
| De las aves:     | Te regale.       |
| Junta á todas,   | El favonio       |
| Y que alaben,    | Que te halague   |
| En capilla       | Con su aliento   |
| Resonante,       | Saludable.       |
| A Clorila        | Las pastoras     |
| Que ya sale      | Y zagales,       |
| Al paseo         | Ni te envidien,  |
| De los sauces.   | Ni te manchen.   |
| Con mil himnos   | Y de Silvio      |
| Agradables,      | Los cantares     |
| Que le digan     | Te repitan       |
| Estas salves:    | Incesantes:      |
| Salud, Ninfa     | Salud, Ninfa     |
| Deseable,        | Deseable,        |
| Primavera        | Primavera        |
| De estos valles. | De estos valles. |



LAS FLORES DE CLORILA,  
DEDICADAS A FILENO (Fr. Vicente Victoria).

—  
ODA VIII.  
—

De su guirnalda misma,  
Y con su misma mano,  
Clorila en mi sombrero  
Puso el más bello ramo.

Traía acaso entonces  
Un hermoso durazno,  
Agradable primicia  
Del huerto que yo labro.

Díselo; y ella luego  
Lo echó en su seno blando,  
En señal cariñosa  
De merecer su agrado.

De este modo Clorila  
Advierte que su mano  
No cultiva la tierra  
De algún estéril campo.

No faltó quien dijera  
Que los lances trocamos;  
Pero si bien lo dijo,  
No lo sé, ni lo indago.

Sólo sé que en mi pecho  
Sentí un placer extraño;  
Pero tan dulce y vivo  
Que . . . no podré explicarlo.

Por esto á mi Clorila  
Le digo cada rato:  
Dame flores, Clorila,  
Y te daré duraznos.

—  
ODA XIII.  
—

Un ramillo de flores  
Lleva en su pecho blanco  
La zagala que adoro,  
Muchacha de quince años.

Al olor que despiden  
Las joyuelas de mayo,  
Síguenla los pastores  
Que encuentra por el campo.

Cércanla como abejas,  
Pero, vamos al caso,  
Todos huelen las flores;  
Mas nadie lleva el ramo.

Yo, que detrás de todos  
Me divierto mirando  
Al enjambre inexperto,  
Este versillo canto:

«Apartaos, zagalejos;  
«Clorila me ha contado.  
«Que á sus flores no llegan  
«Insolentes muchachos.»



## LA INOCENCIA

ODA IV.

## LA CORDERITA.

Una mansa cordera  
Tiene la dulce Anarda,  
Que yo la dí obsequioso  
De mi corta manada.

Sonoros cascabeles  
Le cuelga en la garganta,  
Y un penacho le forma  
De cintas coloradas.

Érase la ovejita  
En la verde campaña  
Envidia de las otras  
Y hechizo de su ama.

Mas ¡ay! un lobo fiero  
Que en la noche callada  
Bajó, cuando yacía  
En sueño la cabaña,

Del hambre que le roe  
El corazón y entrañas  
Agitado, la embiste,  
Y su sangre derrama.

¿Dó, Pan, estás dormido?  
¿Por qué tu ronca flauta  
Con siete horrendas voces  
A las fieras no espanta?

Y no que Anarda triste  
Hoy llora por tu causa,  
Sin admitir consuelo,  
Mil lágrimas amargas.

Pero tu llanto enjuga,  
Tiernísima zagala,  
Que si la oveja ha muerto  
Aquí tienes mi alma.

Mi alma que te quiere  
Con un amor sin mancha,  
Como otra corderita,  
Que te traeré mañana.

Pero, cuidado, mira  
Que de otros montes bajan  
Otros lobos, hambrientos  
De otras corderas mansas.

Guárdate siempre de ellos....  
De los hombres te guarda,  
Que carnívoros buscan  
A las simples muchachas.



## RATOS TRISTES

XXI

LA INMORTALIDAD

En este triste solitario llano,  
 Do violentas me asaltan las congojas,  
 No ha mucho que extendió sus verdes hojas  
 Y salpicó de flores el verano.  
 Este tronco esqueleto, con que ufano  
 Estuvo el patrio suelo,  
 Abrigaba los tiernos pajarillos  
 Entre frondosas ramas.  
 El líquido arroyuelo,  
 Por márgenes sembradas de tomillos,  
 De cantuesos, de pálidas retamas,  
 De rubias amapolas,  
 De albos jazmines y purpúreas violas,  
 Mansamente corría  
 Bañando el fértil prado de alegría.  
 Benigno el aire en la espaciosa estancia  
 De los lejanos frutos y las flores  
 Desparramaba el bálsamo y fragancia.  
 ¡Oh tiempo, y lo que vencen tus rigores!  
 Llega del año la estación más cruda,  
 Y, mostrando el invierno sus enojos,  
 Todo el campo desnuda  
 A vista de mis ojos  
 Que ya lloran ausentes  
 Los pájaros, las flores y las fuentes.  
 En lo que miro ¡ay triste! retratados  
 Los gustos de mi vida

Por la mano del tiempo arrebatados  
 Cuando helada quedó mi edad florida.

¡Dulces momentos, aunque ya pasados!  
 A mi vida volved, como á esta selva  
 Han de volver las cantadoras aves,  
 Las vivas fuentes y las flores suaves,  
 Cuando el verano delicioso vuelva.

Mas ¡ay! votos perdidos  
 Que el corazón arroja  
 Al impulso mortal de mi congoja!  
 Huyéronse los años más floridos,  
 Y la edad, que no pára,  
 Allá se lleva mis mejores días.  
 ¡Adiós, breves, pasadas alegrías!  
 ¡Qué! ¿No volvéis siquiera la dulce cara?

¡Áridas tierras, más que yo dichosas!  
 No así vosotras, que os enviando el cielo  
 Anuales primaveras deliciosas,  
 Se corona con mirtos y con rosas  
 La nueva juventud de vuestro suelo!

¿Pero qué rayo ¡ay Dios! á mi alma enciende?  
 ¡Ay! Luz consoladora  
 Que del solio estrellado se desprende;  
 Más allá de la vida fatigada,  
 Sí, de la vida cruel que tengo ahora,  
 Cuando sea reanimada  
 Esta porción de tierra organizada,  
 Entonces, por influjos celestiales,  
 En los campos eternos  
 Florecerán mis gustos inmortales,  
 Seguros de los rígidos inviernos.  
 Pero ¿qué haré entretanto?  
 Soltar las riendas á mi triste llanto.